



ALEJANDRO DE HUMBOLDT Y LOS “PLATILLOS VOLANTES”

Por Germán Puerta

www.astropuerta.com.co

A fines de agosto de 1965, un francés, Alexander Ananoff, experto en viajes espaciales, afirmó haber visto a 80 Kms de París, durante treinta y cinco minutos un “platillo volante”. La silueta en forma de disco se movía a gran distancia y, finalmente, desapareció encima de unas nubes. Hace tiempo que ya no existe la menor duda entre los físicos y meteorólogos en cuanto a los platillos volantes que, según ellos, siempre que no sean globos meteorológicos u otros objetos terrenales, son fenómenos ópticos causados por la reflexión de la luz en las zonas limítrofes de capas de aire de diferente temperatura y espesor. Lo interesante es que Alejandro de Humboldt, al observar una vez este fenómeno durante una ascensión del Pico de Tenerife en las Islas Canarias, ciento cincuenta años atrás, diera ya una explicación completamente exacta y racional de su causa. Para ello no necesitó molestar a ningún visitante de otras estrellas. En el segundo capítulo de su *Viaje por Sudamérica*, Humboldt relata lo siguiente:

“Apuntaba el día cuando salimos de la oscuridad formada por el hielo y, a la luz del amanecer, pudimos observar un fenómeno que es frecuente en las altas montañas, pero que debido a la situación del volcán sobre el que nos hallábamos, parecía particularmente extraño. Un estrato de nubes blancas formadas por copos ocultó a nuestras miradas el mar y las regiones más bajas de la isla. Ese estrato no parecía elevarse a más de 1.560 metros; las nubes se extendían con tal regularidad y se hallaban tan exactamente en el mismo plano, que parecían una inmensa llanura cubierta de nieve. La colosal pirámide del Pico, las cumbres volcánicas de Lanzarote, Fuerteventura y Palma descollaban como arrecifes por encima del vasto mar de vapor de agua. Su color oscuro se recordaba con dureza sobre la blancura de las nubes.

Mientras trepábamos por las lavas trituradas del Malpay, para lo cual nos valíamos a menudo de las manos, observamos un fenómeno óptico asombroso. Nos pareció ver unas pequeñas raquetas que subían por el aire, en dirección Este. Unos puntos luminosos, a 7 u 8° por encima del horizonte, daba la impresión, al principio, de subir verticalmente, pero paulatinamente el movimiento se transformó en una oscilación horizontal que duró ocho minutos. Nuestros compañeros de viaje, y hasta los guías, manifestaron su asombro ante esta aparición, sin que nosotros hubiésemos llamado su atención sobre ella. A primera vista creímos que esos puntos luminosos oscilantes eran los precursores de una erupción del gran volcán de Lanzarote. Recordamos que Bouguer y La Condamine, al escalar el volcán Pichincha, habían podido presenciar la erupción del Cotopaxi; pero la ilusión duró poco y vimos que los puntos luminosos eran las imágenes de varias estrellas aumentadas por el



vapor del agua. Las figuras permanecían inmóviles durante cierto periodo, después parecían ascender perpendicularmente, bajar en un sentido lateral para volver al punto de partida.

Este movimiento duraba de uno a dos segundos. No teníamos a mano ningún instrumento para poder medir exactamente la traslación lateral, pero podíamos observar muy bien el recorrido del punto luminoso. El reflejo de la luz no lo hacía aparecer doble ni dejaba ninguna estela tras de sí. Cuando logré acercar las estrellas a la elevada cumbre de Lanzarote, con la ayuda del anteojo de un pequeño sextante de Troughton, pude ver que la oscilación se dirigía constantemente hacia el mismo lugar, es decir hacia el trozo de horizonte por donde debía aparecer el disco del Sol y que, prescindiendo del movimiento de descenso de la estrella, la imagen volvía siempre al mismo punto. Estas refracciones aparentemente laterales cesaron mucho antes de que desaparecieran las estrellas con la luz del día”.